

parecía oscura, había raudales de luz. Oro! oro! Ante los ojos del avaro el oro se animaba, parecía un conjunto de seres brillantes que se agigantaban; era algo semejante á Dios, y luego superior á él; circulaba en tropel, en tremenda agitación, subía, bajaba, volvía á subir, se armonizaba, se revolvió, chillaba, reía, cantaba, gritaba; se reproducía con la profusión de los insectos; gruñía ya horrible, ya alegremente; se apilaba, formaba figuras diabólicas; parecía tener pasiones; era, en fin, un mundo fantástico y absorbente.

De súbito, y en la continuidad de aquella ilusión óptica, el éxtasis del avaro se convirtió en frenesí; la locura había llegado á su colmo. Delirante, inquieto, afanoso, ardiendo palpitante y tembloroso, mientras sus dientes chocando entre sí producían aquel ruido seco y trémulo que nos causa el excesivo frío, el avaro metió las manos entre el oro, luego los brazos, la cabeza, casi todo el cuerpo. Dentro de la caja se retorció como en su elemento vital; gruñía, abría la boca que se le llenaba de dinero, soplabá con fuerza, imprimía besos aquí y allá, se frotaba la frente con las monedas, y algunas veces parecía ahogarse, porque en verdad, el poco oxígeno que podía penetrar por las grietas de aquella muralla de oro, se gastaba rápidamente con las febriles aspiraciones del avaro.

Llegó un momento en que para el infeliz fué más poderosa la necesidad de aire que el impulso del frenesí, y el miserable sacó la cabeza de la caja.

—¿En dónde estoy? ah! cuánto oro! cuánto oro! un monte; más; un mar; más; un mundo; más; mucho más... y todo es mío! ¿Me he quedado de oro? sí, sí, fuera de mí! ¡á la caja otra vez!

Y se sacudía los cabellos, la frente, la cabeza, los brazos, los piés, los harapos.

—Afuera! afuera! á la caja otra vez, dinero mío; no quiero que vengas conmigo; te me robarían.

Y febril, con poderoso frenesí volvió á sacudirse; no veía más que dinero; le parecía que el oro saltaba por todas partes; ¡el miserable estaba deslumbrado! Después de haber mirado fijamente el sol, no vemos más que su imagen.

Y advirtiéndole que no podía sacudirlo—¿cómo, si solo era ilusión?—se restregaba los ojos para hacer saltar las monedas que hubieran podido quedar enredadas en las cejas y en las pestañas. Y en el momento en que su mano pasó por delante de sus ojos, el avaro vió un dedo brillante; su dedo pulgar le pareció un gran pedazo de oro; lo escondió súbitamente, lo envolvió en su larga y haraposa levita, y lo apretó con sus brazos; luego apretó los brazos con la cabeza.

—Que pedazo de oro! es inmenso! á la caja también; no quiero que esté conmigo; me lo robarían.

Sacó un cuchillo y se cortó con precipitación el dedo. Luego, como un loco echó á correr por el aposento.

—No me lo robarán, no me lo robarán.

Y con los brazos apretaba frenéticamente el dedo cortado.

Entretanto por la herida chorreaba la sangre que manaba como un torrente negro. La camisa, los harapos, el rostro, los estropeados zapatos... todo el avaro estaba empapado en aquel líquido sucio y rojizo que brotaba por una de las estremidades de su cuerpo. No sufría por aquella herida; no la sentía siquiera; la locura y el deslumbramiento se lo impedían.

Y corría, corría, riendo, gritando; pero luego no pudo correr; sus risotadas perdieron la estridencia; sus gritos se debilitaron; sintióse desfallecido; sus piernas flanquearon; cayó; arrastrándose como una serpiente, se dirigió á la caja, dejando en el suelo una larga huella de sangre.

La sangre se mezcló con el oro. El miserable inclinó su cabeza sobre el agujero de la caja, articuló algunas palabras entre las que se oyeron débilmente *No me robarán! no me robarán!* y acurrucado, como si el peso de todo su cuerpo estuviese sobre el dedo cortado, para guardarlo mejor, quedó tan inerte y tan frío como sus monedas.

¡La muerte en la oscuridad, en el silencio, entre la inmundicia!

Hoy he entrado en la escavación de unas ruinas; he visto un cadáver casi comido por los ratones.

El cadáver estaba cubierta de oro.

EL DOCTOR PÉSIMO.

## LA NOVELA DE TODOS

CUANDO UNO es joven, al entrar de lleno en los revueltos mares de la vida, cree que el mundo á disfrutar convida, que todo es bello, verdadero y bueno.

Vé el firmamento espléndido y sereno; piensa encontrar una mujer querida, bella y discreta y para amar nacida, sin una sola gota de veneno.

Cree encontrar amigos y ventura y gloria y gratitud; se es generoso, se imagina un poema indescriptible...

Y luego... nada! se halla prosa pura;  
y aquel poema tan noble y tan hermoso,  
se convierte en epigrama terrible.

J. MARTÍ FOLGUERA.

## PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA

### DIÁLOGO

La cumbre de los Alpes... inmensa cordillera  
de abrujados picos... en el centro y el corazón  
mismo de las montañas.

Por encima de estas, vése un cielo silencioso  
de color verde pálido.

El frío es áspero y cruel; la nieve es dura y  
deslumbradora. Por debajo de ella surgen las  
masas de rocas heladas y roídas por la tempestad.

Dos gigantes, dos colosos se yerguen á ambos  
lados del horizonue, el Yunfrau y el Tinsteraar-  
horn.

Y el Yunfrau dice á su vecino:

—¿Qué hay de nuevo? Tú que estás á mayor  
altura que yo, dime qué es lo que sucede por ahí  
abajo.

Trascurren millares de años... en un instante.

Y el Tinsteraarhorn contesta con voz tonante:

—Las apretadas nubes cubren la tierra... Es-  
pera.

Trascurren todavía algunos millares de años en  
un instante...

—¿Y ahora?—pregunta el Yunfrau.

—Ahora diviso algo. Allá bajo veo siempre  
una cosa igual... El mismo cuadro. Es mezquino  
y abigarrado. El azul de las aguas, la negrura de  
los bosques, las piedras grises amontonadas.  
Alrededor de esto véense agitarse todavía esas  
especies de mezquinos insectos que tú sabes, esos  
animalitos de dos patas que jamás han podido  
mancharnos á ninguno de los dos.

—¿Hombres?

—Sí, hombres.

Trascurren algunos millares de siglos más...  
en un instante.

Vamos, ¿y ahora?

—Parece que se ven menos insectos, muje el  
Tinsteraarhorn. El espacio está más despejado,  
las aguas se han contraído y los bosques se han  
mermado.

Vuelven á pasar millares de siglos... en un  
instante.

—¿Qué ves?—pregunta el Yunfrau.

—Hay más limpieza alrededor de nosotros...  
Pero allá abajo, muy lejos, en los valles, hay toda-  
vía manchas y alguna cosa que se agita.

—¿Y ahora?—pregunta el Yunfaru despues de

otros millares de años transcurridos en un ins-  
tante.

—Ahora está bien,—responde el Tinsteraar-  
horn.—Todo está limpio y blanco donde quiera  
que se mire. Por todas partes nuestra buena  
amiga la nieve, compacta y unida. Todo está  
helado. Ahora nos encontramos bien. ¡Tranqui-  
lidad completa!

—Enhorabuena,—contesta el Yunfrau.—Pero  
hemos charlado demasiado, mi viejo amigo. Ya  
es tiempo de dormir.

—Ya es tiempo.

Las inmensas montañas duermen y duerme tam-  
bién el cielo claro y verde por encima de la tierra  
eternamente enmudecida.

### LA NATURALEZA

Penetré en una inmensa sala subterránea, de  
bóvedas elevadas. Hallábase toda ella iluminada  
por un resplandor igual que parecía venir de de-  
bajo de tierra.

En el centro estaba sentada una mujer de as-  
pecto grandioso, vestida con un ancho traje de  
color verde. Tenía la cabeza apoyada en una ma-  
no y parecía sumergida en profunda meditación.

Comprendíase en seguida que aquella mujer  
era la naturaleza, y un frío súbito y un temor re-  
verente invadieron mi alma.

Acerqueme á la mujer sentada, y saludándola  
respetuosamente, le dije:

—¡Oh madre común! ¿en que piensas? En los  
destinos futuros de la humanidad? ¿En las con-  
diciones necesarias para que aquella alcance la  
perfección y la felicidad posibles?

La mujer volvió hácia mí lentamente sus ojos  
sombrios, penetrantes y terribles. Sus labios se  
entreabrieron, y oí una voz resonante como el  
choque de un hierro con otro.

—Pienso,—dijo,—en el medio de dar fuerza  
mayor á los músculos, á las patas de la pulga, pa-  
ra que le sea más fácil evitar las persecuciones de  
sus enemigos. El equilibrio entre la defensa y el  
ataque está roto y es preciso restablecerlo.

—¿Cómo,—murmuré yo,—piensas en esto?  
¿Pero no somos nosotros sus criaturas preferidas?

Ella frunció el entrecejo.

—Todos los animales son hijos míos,—dijo. Me  
tomo iguales cuidados por todos ellos y á todos  
los extermino igualmente.

—Pero... el bien... la razón... la justicia, mur-  
muré yo nuevamente.

—Estas son palabras humanas, repuso la voz  
de hierro. Yo no reconozco ni el bien ni el mal.  
Vuestra razón no es la ley para mí. Y la justicia,  
¿qué es la justicia? Yo te he dado la vida y yo te  
la quitaré y se la concederé á otros, á gusanos de  
la tierra ó á hombres, indiferentemente. En cuan-